

EL LENGUAJE COMO CULTURA DE ENRIQUE BERNÁRDEZ

Paloma Tejada Caller

Universidad Complutense de Madrid

ptejadac en filol ucm es

Bernárdez, Enrique

El lenguaje como cultura

Madrid 2008

Alianza Editorial

519 páginas. ISBN: 978-84-206-6848-2

[www.alianzaeditorial.es/](http://www.alianzaeditorial.es/cgigeneral/newFichaProducto.pl?obrcod=733351&id_seillo_editorial_web=34)



“Un hombre se propone la tarea de dibujar el mundo. A lo largo de los años puebla un espacio con imágenes de provincias, de reinos, de montañas, de bahías, de naves, de islas, de peces, de habitaciones, de instrumentos, de astros, de caballos y de personas. Poco antes de morir, descubre que ese paciente laberinto de líneas traza la imagen de su cara” (Borges: *El hacedor*).

Este libro acoge el paciente laberinto de líneas que Bernárdez ha ido trazando a lo largo de su trayectoria como científico para dibujar un particular mundo del lenguaje, del que ahora nos ofrece su cara más personal. Versión detenida y dilatada, de extrema claridad y precisión, radicalmente sólida y coherente, abierta a inmediatas y mediatas relecturas, *El lenguaje como cultura* da clara muestra del compromiso que puede

implicar la creación de conocimiento. Nos encontramos ante la obra madura y reposada de un científico y de un intelectual que se siente progresiva y públicamente responsable.

Si quisiéramos únicamente dar fe de la valía de esta obra, bastaría con asomarnos al prólogo, y ratificar que Bernárdez ha conseguido su propósito de cuestionar nuestro concepto de lengua y sociedad, las herramientas y fines del estudio mismo, en una obra dedicada a lingüistas y no lingüistas, inconformista y arriesgada, no definitiva, en la que plantea ideas que “creo novedosas”, elaboradas a partir de una “inmensa mente colectiva de la que me he aprovechado” (24). Sin embargo, tras estas palabras, Bernárdez apenas si deja entrever lo que representa su iniciativa; lo que podríamos llamar un nuevo paradigma para el estudio del lenguaje, una nueva propuesta epistemológica y una postura científica de dignidad renovada.

Como suele ocurrir en las obras de este “lone traveler” de la lingüística, de profunda sensibilidad y perspicacia y aparentemente liberado de la urgencia propia de la existencia cotidiana, el autor nos ofrece una “silva de varia lección”, con abundantes “reflejos e interpolaciones”¹ que encuentran cabida en un discurso no lineal, de tradición románica, para “facilitar el acceso a lectores con base de conocimientos no idénticos” (67). Todo ello en un periplo de creciente fascinación hasta el capítulo final. Diversos lectores realizarán distintos recorridos y un único lector vivirá distintas experiencias o viajes. Y así, unos encontrarán placeres momentáneos en observaciones más o menos anecdóticas, concediendo la debida importancia al dicho sea de paso, los comentarios marginales o la nota a pie -ya traten de las traducciones de Riddley Walker (126), de la conducta ritualizada como sistema de precaución (372) o del pajarito que aparece en *Mary Poppins* (244)-. Otros disfrutarán con relatos más extensos, próximos a entretenidos documentales, sobre la noción del tiempo entre los kaluli (154); la conceptualización del cuerpo en cayapa (350); la idea de causa en samoano (347); la existencia de un viento divino entre los navajos (381); la conversación de los bosquimanos (149); la realidad del *nushu*, lengua escrita de las mujeres chinas (165); las heterofonías de la música africana (134); la comunicación primitiva (143), el sistema de acentos de la lengua pirahã; los términos de color en español (182); la configuración

¹ Borges, J.L. (1995: 128).

histórica de las lenguas de España (272); las imágenes mentales de la divinidad (374); el mercado de productos lingüísticos (230); la relación entre afectividad y verdad, convicción o cognición (245 ss.); o el comportamiento de las neuronas espejo en diamantes mandarines, primates o humanos (488). Y habrá quien desde luego se deleite en los complejos entresijos de la exposición final, a que luego nos referiremos.

Sin embargo, con estos mimbres y otros muchos, siguiendo un método que podríamos llamar cartesiano, en el que no se acepta como verdadero nada que no se sabe con certeza que lo es, se aíslan los elementos simples de los complejos y se intenta obtener una visión de conjunto desde diversos puntos de vista efectuando constantes revisiones, Bernárdez va urdiendo pacientemente su particular propuesta para explicar la compleja relación que existe entre cultura, lenguaje y cognición, tres aspectos de la vida humana fuertemente entrelazados y con nudos difíciles de desatar, como son los que vinculan lo individual y lo social. En el discurso de Bernárdez todo contribuye a interpretar la cognición en términos de actividad, cultural y comunitaria, no autónoma, en estrecha relación con el cuerpo, la vida social y el entorno. De manera recurrente y con múltiples argumentaciones, temas y puntos de vista, Bernárdez llama a la consideración del ámbito interpersonal, sociocultural, hasta sus últimas consecuencias: los seres humanos estamos diseñados para el diálogo; la individualización del lenguaje (el texto escrito, de autor, monológico) es resultado de un largo proceso histórico; el significado resulta de la construcción conjunta, de la actividad colaborativa; identificar cognición y cerebro no es sino reificar una metáfora conceptual, que convertimos con ello en ontológica. Y así llegamos a su propuesta de lenguaje en tanto que cognición corporeizada, situada, distribuida y sinérgica o sociocultural (472 ss.). Lo que podríamos denominar un nuevo paradigma, siquiera porque su alternativa se resume en la palabra *comunidad* y “en una época donde prima un acendrado individualismo el redescubrimiento de la comunidad supone ya una revolución conceptual”².

Antes de continuar, no puedo pasar por alto el hecho de que la exposición esté colmada de ideas novedosas interesantísimas, cada una de las cuales merecería artículo aparte. Probablemente la más trascendente a la hora de levantar su edificio científico sea

² En relación con el trabajo de Etzioni, http://es.wikipedia.org/wiki/Amitai_Etzioni

la adaptación del concepto de *habitus* de Bourdieu al estudio del lenguaje y de las lenguas. El *habitus*, esquema perceptivo inmerso en la acción o forma socialmente preferida de actividad que acaba corporeizada (217), de naturaleza cambiante, histórica y contingente (329), se toma como concepto mediador entre individuo y sociedad (221), el instrumento que permite ver la práctica social y la cognición individual como un todo indisoluble (219). Pero no son menos interesantes su teoría del lenguaje como enacción (social) frente a la de representación (individual) (330); la propuesta de reescribir la historia de las lenguas de la Europa medieval a partir de la noción de malla lingüística de Fortescue (306); la recreación de las fases evolutivas que pudieron seguir el lenguaje y la cognición humana desde sus orígenes (159); o la discusión que ofrece el autor sobre la idea de cognición autónoma (modular) defendida por la psicología evolucionista, su relación con las ponencias de los genetistas de conducta y la posible ligazón del FOXP2, gen del lenguaje, con la cultura.

Quien haya llegado hasta aquí convendrá en reconocer que todo lo anterior representa una labor ingente, admirable y encomiable. Sin embargo, como nos recuerda Frank Furedi (2005: 31) "Intellectuals are not defined according to the jobs they do but the manner in which they act, the way they see themselves, and the values that they uphold". Y a esto quiero dedicar la segunda parte de esta reseña.

Si no es esta la primera obra que se lee de Bernárdez, quizá no sorprenda tanto la sencillez con que el autor expone sus ideas, hasta el punto de hacernos creer que somos co-partícipes del razonamiento que a través de ellas nos ofrece. Todos sabíamos o creíamos saber que la corrección era una convención social, que la evolución de las lenguas no es lineal sino azarosa; que las estructuras lingüísticas han de ser vistas siempre en términos de uso; que la lengua sirve "para crear categorías o apariencia de que existen" (259); que la lengua siempre es lengua hablada –por eso se nos ofrece la pronunciación de todo término citado–; que la idea de autor es culturalmente reciente; que la música medieval era interpretada colectivamente o que existe una diferencia entre las ciencias formales, experimentales y las sociales. Y es cierto que alguna vez nos hemos topado con alguna de estas ideas en algún sitio. Pero como tantas veces, descubrimos que lo verdaderamente brillante y original son las interrelaciones entre ideas, el propio discurso argumentativo y sus consecuencias últimas. Eso es lo nuevo. Y

en esta obra más que en otras, también lo más atrevido (eso sí, sin pretensión dogmática alguna, como demuestra la frecuencia con que aparecen expresiones del tipo *propongo, creo, aventuraré, mi interpretación*).

Esta idea de complicidad con el lector viene reforzada probablemente por el consciente y activo respeto a la tradición que Bernárdez profesa en sus páginas. Las ideas se entroncan en una amplia corriente colectiva, en la que el autor quiere diluirse. Hockett, Coseriu, los gramáticos de Port Royal o Kuhn, por citar solo a unos cuantos, conviven en la relación bibliográfica con los autores más punteros, con los habitualmente olvidados traductores de obras influyentes, con autores españoles de diversas épocas y áreas de estudio. En este manifiesto tributo al saber acumulado, *El lenguaje como cultura* evoca el buen hacer de los más nobles científicos³.

Junto a estos valores que ya definen al autor, y aún a riesgo de extenderme más de lo previsto, no puedo eludir en esta reseña la referencia a otras convicciones tuyas que regando cada una de las páginas de esta obra la hacen desembocar en la defensa de una nueva epistemología y de la responsabilidad pública del intelectual.

En la perspectiva de Bernárdez, como en la de Feyerabend y otros, la ciencia es concebida como un estilo cognitivo coexistente con otras formas de comprender o pensar la realidad, históricamente identificable, y definible entre otras cosas por sus supuestos y por los métodos que utiliza para procesar y organizar la información, siempre de acuerdo con las acciones que debe ejecutar un determinado grupo humano⁴. Así, simplificando mucho el argumento, llegaremos a reconocer que la elección de un estilo cognitivo concreto no es sino un acto social. De esta manera de ver las cosas, tan imbricada en la idea de comunidad que sostiene la tesis de estas páginas, se derivan varias implicaciones.

³ Sin pretensión alguna, baste citar las palabras de Einstein (2006: 11): “A hundred times every day I remind myself that my inner and outer life are based on the labours of other men, living and dead, and that I must exert myself in order to give in the same measure as I have received and am still receiving”.

⁴ <http://csociales.uchile.cl/publicaciones/moebio/04/feye.htm>

En primer lugar, descubrimos que Bernárdez rescata del “oscuro vaso de la memoria” mucha reflexión que “no está en las cátedras ni en las tribunas ni en los libros”⁵. Todo poso de pensamiento sensato individual o colectivo tiene cabida en la argumentación, cuando se trata de alcanzar conocimiento o de encontrar explicaciones a problemas no resueltos. Y así Bernárdez integra en sus postulados estilos cognitivos presentes en otras culturas o momentos históricos, entendiendo por estos el conocimiento ordinario, las teorías folk, la experiencia, la tradición y otros esquemas mentales más o menos mediatizados, debilitados o reforzados por la investigación occidental.

Con ello además Bernárdez contribuye a desmitificar la aureola científica y las actitudes cientifistas occidentales. El autor nos previene de quienes, ajenos a la duda y la autocrítica, pretenden promulgar la verdad en lugar de buscar el conocimiento y nos alerta contra la deformación que supone difundir que la imagen científico-occidental del mundo lo incluye todo; es la realidad. Y de ahí a la dignificación de las ciencias sociales y de la profesión de lingüista. La epistemología que reivindica *El lenguaje como cultura* se resuelve en un canto a las ciencias sociales y a su método de conocer la realidad. El desarrollo de la historia, la sociología, la antropología o la psicología ha demostrado que existen caminos distintos del método científico y que mientras que la naturaleza debe ser explicada, el ámbito de los acontecimientos culturales e históricos es más bien el de la comprensión y la interpretación. Es más, la obra que reseñamos entronca con otras corrientes especulativas que invitan a adoptar una visión holística del conocimiento, y en las que nos topamos de nuevo con la idea de que la ciencia –entendida en términos formales- está sometida a la complejidad de lo social⁶.

⁵ Manuel Vicent (2008).

⁶ Cf. por ejemplo, la definición de conocimiento en el *Tree of Knowledge (ToK) System*: “[el ToK ...] depicts knowledge as consisting of four levels or dimensions of complexity (Matter, Life, Mind, and Culture) that correspond to the behavior of four classes of objects (material objects, organisms, animals, and humans), and four classes of science (physical, biological, psychological, and social)”. http://en.wikipedia.org/wiki/Tree_of_Knowledge_System y <http://psychweb.cisat.jmu.edu/ToKSystem/>

Puede que resulte sorprendente comprobar que este (quizá no tan nuevo) llamamiento a la unificación del conocimiento impulsa a los científicos de manera natural y obligada a abandonar sus torres de marfil, sus catacumbas, sus metas esotéricas y sus insensibles corazas académicas⁷, para recuperar a través de una tercera cultura la figura del intelectual público, con papel social y responsabilidad cívica, algo que tanto preocupaba a Bourdieu y a lo que tan sensible se muestra Bernárdez.

Es ostensible que *El lenguaje como cultura* nace con ganas de hablar, de entablar un diálogo entre la academia y el público en general, de tender puentes, de explicar lo que vemos a nuestro alrededor, pero también de agitar conciencias acríticas, posturas inmóviles e inmovilistas; de educar sin herir. Según Etzioni (2006: 6), entre las funciones que debe desarrollar el intelectual público está la de recrear, rehacer o transformar las "*communities of assumptions*" que sostienen los ciudadanos, y que, resistentes al cambio, tienden a rutinizar su existencia en términos de tradiciones establecidas. Por eso este tipo de intelectual además de intentar explicar sesudas cuestiones, saca a la palestra temas controvertidos y habla de cuestiones cotidianas; contribuye a legitimar o deslegitimar ciertas prácticas e instituciones y pone en cuestión los discursos a través de los cuales nos viene dado el mundo.

Movido sin duda por este impulso, el autor de *El lenguaje como cultura* arremete insistentemente contra las estrechas hormas de la ignorancia, la simplificación, el interés ideológico o económico, el individualismo, la utilidad práctica inmediata o la opinión con las que tantas veces se nos constriñe el saber. Con ironía más o menos dulce, Bernárdez reflexiona, discierne, contrapone conceptos, organiza ideas, proyecta, especula, interconecta fenómenos, y haciendo uso de los más variados materiales, reacciona ante los más diversos agentes: ministros, políticos, académicos o escritores, periodistas, guionistas de cine o su antiguo profesor de religión. Y sobre todo reacciona

⁷ Cf. Reiser (1958: 3), cuando recuerda: "In this time of divisive tendencies within and between the nations, races, religions, sciences and humanities, synthesis must become the great magnet which orients us all...[Yet] scientists have not done what is possible toward integrating bodies of knowledge created by science into a unified interpretation of man, his place in nature, and his potentialities for creating the good society. Instead, they are entombing us in dark and meaningless catacombs of learning". Cf. también Jacoby (1987).

contra sus colegas científicos, generativistas, cognitivistas, funcionalistas o tradicionalistas, que desde el poder que otorga la capitalización o globalización del conocimiento falsean contra toda ética ideas alternativas a fin de otorgar mayor plausibilidad a las propias (420).

Después de todo lo dicho, no resta aquí sino confirmar que *El lenguaje como cultura* propone una redefinición de quiénes somos y qué somos individual, colectiva, lingüística y científicamente, sin abstracciones, y un llamamiento a intervenir en el entorno a través del conocimiento y la actitud crítica. Atractiva y original propuesta, que ojalá no caiga en saco roto. Sin embargo, como el problema de los intelectuales siempre ha sido la ausencia de un público que escuche y sabemos que “la ciencia, el arte, la justicia, la cortesía, la religión son órbitas de la realidad que no invaden bárbaramente nuestra persona... sino que solo existen para quien tiene la voluntad de ellas”⁸, valga recordar que ocio y aprendizaje son conceptos unidos en la raíz griega *σχολή*. Así que anímense y sean bienvenidos todos los ociosos, intelectuales o no, profesionales y amateurs, redactores de libros de texto, publicistas o gramáticos consumados, a este diálogo abierto y controvertido en el que hay mucho que aprender y del que tanto podemos disfrutar.

A modo de postdata me veo en la obligación de incluir algunas erratas, muchas de ellas relativas a la bibliografía, filtradas a las páginas definitivas por descuido o exceso de confianza editorial, que en absoluto desmerecen el trabajo del autor, pero sí restan calidad al producto final, por lo que quizá conviniera subsanarlas en posteriores tiradas: *Potmoderno* p. 120; *F3* en p. 388 debe ser *F4*; *está* debería ser probablemente *no está* en p. 132; la psicología evolucionista aparece alternativamente como *PE*, *PS* o *EP* en pp. 417-420; Munske aparece como *Monske* en pp. 291 y 293; Vegas González (162) no aparece en bibliografía, ni Atran (413), ni Ratey (475), ni Dewey (480); la fecha de Abbagnano en p. 492 no coincide con la que ofrece la relación bibliográfica; ni la de Rohrer (461); Nisbett y Miyamoto aparece en p. 450 como Nisbett y *Yamamoto*;

⁸ Ortega y Gasset (1988: 81)

Wilson et al. aparece como *Wilson* en p. 400. Al menos en las páginas 140 y 406 se observan erratas de puntuación y en otras ocasiones no aparece la página de la cita ofrecida en el libro (véase, por ejemplo, 411) o se dan inconsistencias en el sistema de citas.

Obras citadas

Borges, Jorge L. 1995. *El hacedor*. Madrid: Alianza Editorial.

Einstein, Albert. 2006. *The World as I See it*. Filiquarian Publishing LLC.

Etzioni, Amitai. 2006. Are Public Intellectuals an Endangered Species? Introducción a Etzioni, A. & A. Bowditch, eds. 2006. *Public Intellectuals. An Endangered Species?* Rowman & Littlefield Publishers.

Furedi, Frank. 2005, *Where Have all the Intellectuals Gone?*, Continuum Press.

Jacoby, Russell. 1987. *The Last Intellectuals*: New York. Basic Books.

Ortega y Gasset, José. (1988). *Meditaciones sobre la Literatura y el Arte*. Madrid: Castalia.

Reiser, Oliver L. 1958. *The Integration of Human Knowledge: A Study of the Formal Foundations and the Social Implications of Unified Science*. Boston: P. Sargent.

Vicent, Manuel. 2008, Abismo. *El País* 16.11.08.